

LA HISTORIA REGIONAL EN PERSPECTIVAS HISTORIOGRÁFICAS. PROBLEMAS TEMÁTICOS Y METODOLÓGICOS

REGIONAL HISTORY IN HISTORIOGRAPHIC PERSPECTIVES: THEMATIC AND METHODOLOGICAL PROBLEMS

por:

DR. EDUARDO CAVIERES FIGUEROA*

Profesor de Historia, Geografía y Ciencias Sociales. Licenciado en Historia

Magíster en Historia. Doctor en Historia

Instituto de Historia

Facultad de Filosofía y Educación

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Paseo Valle N° 396, Viña del Mar, Chile

E-mail: ecavieres@ucv.cl

RESUMEN

Se analizan las principales problemáticas de la historia aplicadas al estudio de la historia regional, y cómo ésta puede servir para revitalizar el estudio de la historia, si antes se precisan y solucionan una serie de problemas temáticos y metodológicos que el estudio de este ámbito de la historia contiene.

Palabras clave: Historia regional, problemas metodológicos.

ABSTRACT

The present work analyzes the main historical problems applied to the study of regional history and how it can be used to revitalize the study of history if a series of methodological and thematic problems are previously solved.

Key words: Regional history, methodologic problems.

* Las ideas centrales de este artículo fueron presentadas como Conferencia de clausura del II Congreso latinoamericano de Historia Regional. Luis Álvarez M., Facultad de Educación y Humanidades, Universidad de Tarapacá, Arica, noviembre del 2006.

INTRODUCCIÓN

Problema básico para cualquier tipo de historia, por ejemplo, para la historia regional, es el cómo insertamos el trabajo de investigación en cuestionamientos mayores relativos al cómo se piensa y al cómo se desarrolla el trabajo historiográfico. Quizás, el punto de inicio para dilucidar este tipo de situación tiene que ver con algo básico, pero que continuamente se olvida, y que se refiere simplemente a lo que llamamos la construcción de la historia, más precisamente, la construcción del conocimiento histórico. Cuando hablamos de ello, no sólo hablamos de cómo vamos construyendo dicho conocimiento, sino que, igualmente, tenemos que pensar en el cómo, en la realidad concreta, la propia historia se va haciendo, se va realizando. Nos referimos, por tanto, a una doble situación: por una parte, al cómo se va estructurando la historia propiamente tal; por otra, al cómo vamos escribiéndola. Además, en una especie de síntesis, a qué es lo que pensamos cuando hablamos de relato histórico.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA HISTORIA

Esto de la construcción de la historia es, a la vez, tan simple como tan complejo como el pensar no sólo en términos del conocimiento, sino también en el cómo se van dando las cosas. Es como dialogar sobre el viejo tema de que la historia se va haciendo y se va construyendo a partir de los grandes procesos, a partir de las grandes instituciones y, obviamente, a partir de las grandes figuras, de los grandes hombres que participan decidiendo la historia. Cuando la miramos así, y pensamos que la historia se construye así, es evidente que tenemos que construir nuestro relato a partir de esos mismos énfasis: en esos grandes procesos, en esas instituciones, en esos grandes personajes. No obstante, existen también otras miradas, algunas que se mueven por el lado contrario, por consideraciones de que la historia se construye desde la base y que, por lo tanto, son todos los hombres, los humildes, los explotados, los que la configuran y los que la deciden. Ellos serían los personajes claves. Frente a ello, no se trata de decir nada en contra o en favor, muy por el contrario, pero, en el fondo, lo que se propicia es focalizar las miradas en unos extremos o en otros, es simplemente privilegiar uno u otro lado de la medalla: no nos gusta la historia de los grandes hombres, nos gusta esa otra historia, de base,

social, que llega, en casos que se van generalizando, a no tener caras, que no tiene nombre, que carece de identidades singulares. Sus apelativos tienen que ver con un grupo específicamente determinado al cual se le atribuye la capacidad de construir la historia por sí solo¹.

La historia es mucho más de lo que hacen aisladamente unos u otros. Se trata de interrelaciones en todas sus variedades: de explotación, de conflicto, de cooperación, de lealtades, de traiciones, etc. El problema es que difícilmente podemos construir ideas dinámicas para representar esas relaciones y, más difícil aún, poder comunicarlas por escrito. En todo caso, hoy en día podemos recrear el pasado con muchas más posibilidades, por ejemplo, a través del crédito que se otorga a las imágenes y a la creación de las mismas. En este sentido hay muchas series de TV, algunas inglesas muy importantes y recordadas, en que se ha tratado de visualizar y ver la historia tal como ella va transcurriendo, cotidianamente, al interior de grandes mansiones, en las relaciones entre los componentes de una gran familia, pero también en las de éstos con el personal subalterno, cada uno de ellos fijando sus propias jerarquías. A pesar de que se debe separar entre lo que es una *story* y lo que es *history*, se trata de algo así como escenas de microhistoria a partir de lo cual el televidente puede imaginar y explicarse el funcionamiento del cuerpo social en conjunto. Se observan las situaciones en términos de los que están arriba y los que están abajo y cómo los de arriba tienen unas connotaciones en su actuar y los de abajo otras; pero ellos nunca están en posiciones absolutamente independientes o separados entre sí; siempre hay formas de comunicaciones o in-comunicaciones, igualmente de variadas tonalidades e intenciones, siempre en referencias a los otros². Así se va estructurando la historia propiamente tal;

¹ Sobre los desarrollos de la historia social, conviene tener en cuenta a Eric Hobsbawm, *De la historia social a la historia de la sociedad*, en **Sobre la Historia**, Crítica, Barcelona 1998, pp. 84-104.

² Por ejemplo, la recordada serie inglesa *Los de arriba y los de abajo*, 5 temporadas, 63 episodios, emitida como *Upstairs, downstairs* entre 1971 y 1975 por Granada Television Limited y que narra lo que sucede en la mansión londinense de la familia Bellamy, desde principios del siglo XX hasta la Gran Depresión del 29. Bastante similar, con otros contenidos, la más reciente película dirigida por James Ivory y protagonizada por Anthony Hopkins y Emma Thompson, *Lo que queda del día*, Columbia Pict., 1991.

así van surgiendo los diversos tipos de interrelaciones. Podemos decir que lo que vamos a conocer y a pensar como historia es precisamente la síntesis de esas interrelaciones.

Entiendo y apruebo la idea de que uno puede efectivamente mirar la historia según el lugar en que se ubique. Ello siempre significa que lo hacemos en términos parcializados, focalizando nuestra atención en algunos actores o en algunos problemas, pero ello es una cuestión básicamente metodológica. Desde el punto de vista de las realidades complejas, no podríamos aislar ni temas, ni problemas ni personajes. Lo que sucede en la historia sucede por relaciones de conflicto o de consenso entre personajes y sectores sociales de diversas situaciones y categorías. De allí devienen los problemas y los acaeceres de la historia. En términos amplios, así como no podemos pensar la periferia sin un centro, es difícil pensar sistemas coloniales excluyendo de nuestro pensamiento a los Imperios. Del mismo modo, no podemos hacer una historia de la pobreza o de los pobres sin tener en cuenta la historia de la riqueza o de los ricos; no podemos hacer una historia concreta de la clase obrera sin tener, a su vez, el referente de la clase empresarial con la cual tuvo que lidiar esa clase obrera en un momento determinado. Incluso, desde un punto de vista de las realidades concretas y no sólo metodológicas, la historia de la mujer existe sólo en términos y en referencia a que existe una historia masculina y viceversa. Entonces, en estos contextos, me parece que la construcción de la historia por lo menos contiene dos situaciones que siguen siendo muy importantes en nuestra especialidad y en lo que hacemos. Ellas tienen que ver con el hecho de que ante cualquier situación que queramos efectivamente entender, la debemos insertar en sus tiempos y espacios para hacer inteligible y comprensible lo que está ocurriendo en un momento y en un lugar determinado y en un complejo set de circunstancialidades.

Cuando hablamos de que las cosas suceden en el tiempo ya tenemos un problema. Fundamental. Esencial. Las cosas no se dan en abstracto, aún más, siempre son complejas. Sólo un ejemplo: reflexionando sobre lo que está sucediendo actualmente en Bolivia, no interesa sólo saber lo que sucede hoy en día, sino también descubrir las razones por las cuales pasa lo que pasa hoy. Allí hay problemas de tiempos y de conceptos que proceden desde la colonia y que tienen que ver con muchos rezagos y proyectos nunca cumplidos. Por ejemplo, la *Re-*

pública indígena, la cual prácticamente carece de tiempos propios durante los siglos XIX y XX, desde la llegada del Estado Nacional y de la República liberal. Ellos liquidaron lo que quedaba acerca de las experiencias e ideas sobre esa República y de cómo ella pudiera funcionar efectivamente en paralelo a la República de los españoles. Hubo un tiempo que fue favorable a la continuación de una tradición que se venía gestando desde los inicios del período colonial, pero también muchos otros momentos adversos. Si efectivamente se pudieron dar circunstancias para que las comunidades indígenas accedieran a lo menos a una parte del nuevo poder en construcción, a una parte de las nuevas instituciones republicanas en términos concretos, hay que examinar también por qué cada una de esas circunstancias fueron frustrándose y fueron fracasando. Esas circunstancias siempre están contenidas en cada uno de sus propios tiempos.

Obviamente, los proyectos se dan en el tiempo, pero es el propio tiempo y las circunstancias temporales que están allí presentes los que a veces permiten que las cosas vayan fluyendo, o que, por el contrario, las cosas se detengan. El problema, en consecuencia, es tener en cuenta consideraciones respecto a cuál es el tiempo adecuado y preciso para decidir sobre lo que hay que hacer. Por cierto, hoy en día, un sector muy importante en Bolivia tiene angustias muy fuertes porque advierte que éste podría ser el tiempo de la ya mencionada república indígena, la cual, pensándola en sus aspectos tradicionales y no en términos de los requerimientos y condiciones del presente, evidentemente provocaría una crisis muy profunda, no necesariamente negativa, pero que podría cambiar los órdenes del tiempo. El ejemplo sólo es válido como una reflexión muy general para dar una idea de cómo hacer inteligible los fenómenos que estudiamos respecto al tiempo.

Pero la historia, además, se da en el espacio y, desde ese punto de vista, también hay relaciones referentes a lo que sucede con la construcción de ellos. Me refiero más específicamente a lo concerniente con la historia vista desde un punto de extensión territorial y, particularmente, a lo que consideramos como historia regional. Así, cuando relacionamos tiempo y espacio, la historia regional no es sólo un concepto, es más bien, y así debiera entenderse, una realidad concreta, pero cambiante. Una realidad que juega en la historia, que tiene influencia en la historia y que permite también visualizarla a partir de ciertos caracteres determi-

nados que efectivamente le dan singularidades de acuerdo a lo que allí sucede en la transformación permanente, aunque a veces imperceptible, de un mundo físico en un paisaje cultural.

Aquí también sucede lo que señalaba al comienzo. Podemos mirar la historia desde arriba o la podemos mirar desde abajo, pero tenemos que interrelacionarla. ¿Qué ha pasado con esto de la construcción e integración de espacios? Si uno piensa en términos de la historia y de la sociedad colonial, tenemos un tipo de visión y una perspectiva de análisis territorial de dicha sociedad que corresponde a una interpretación de la historia que generalmente responde a la caracterización de un sistema global, de un sistema total: el Imperio. Hablamos de colonia porque ésta era un solo espacio o conjunto de espacios a cuya cabeza estaba el Rey, el cual, para poder administrarlo, lo había dividido en unas ciertas jurisdicciones, al mando de sus respectivos representantes, hasta llegar prácticamente a la base social del sistema. Por lo tanto, y a consecuencia de ello, se tiene una mirada de la sociedad colonial, de América Latina, que se hace a partir del Rey de España y de las instituciones españolas, de las Leyes de Indias y de todo aquello que significa la estructuración del régimen colonial a partir del cómo se le pensaba, del cómo se le visualizaba por los representantes de la monarquía o de otras instituciones hispanas, del tipo de funcionamiento de su economía, de su administración de justicia, etc. Desde esa perspectiva, pensamos, por lo tanto, de que la historia de América se fue haciendo únicamente al modo de cómo la concibieron los españoles, de cómo la controlaron y, en definitiva, de cómo la quisieron los españoles, en particular su Corona.

No obstante, en términos espaciales, también podemos mirar esta misma historia desde abajo, incluso desde la perspectiva de que es una historia que también se gesta y se construye desde acá y no solamente desde Madrid, por lo tanto, no exclusivamente desde las ideas de los intelectuales españoles, o desde los análisis de los expertos en derecho, sino que igualmente desde la acción de las gentes del común, de la población indígena, de la población criolla. De cómo todos ellos, según y desde las formas en que se van asentando, desde los modos en que se van relacionando, desde el mestizaje que va surgiendo, van conformando paisajes que tienen que ver con el escenario en donde esas relaciones se van produciendo, un escenario físico concreto, real

y cotidiano, en donde se juega la sobrevivencia y en donde se dan las adecuaciones a las imposiciones que se reciben desde el exterior. Frente a esa visión que se instala desde España sobre América, se puede seguir igualmente el camino inverso y se puede visualizar de qué maneras, y cómo a partir de la misma América Latina se va construyendo una historia que es propia, pero que no necesariamente se trata de la historia que pensamos idealizada y generalizadamente, sino que corresponde a una realidad tan concreta como lo son todas las otras historias que conocemos a ese nivel.

América Latina es mucho más que un concepto, porque efectivamente lo que sucede acá y las formas de construcción de la historia se constituyen a partir de espacios regionales, de paisajes productivos específicos, obviamente de las características geomorfológicas del territorio, de sus recursos naturales, etc. No ha sido lo mismo, todavía no lo es, el vivir en zonas andinas, que en valles, que en plantaciones tropicales o en todo aquello que significa pampas cerealísticas, etc. Todo ello se va construyendo en una perfecta concatenación de una serie de situaciones, en la cual, para no contradecirme con lo dicho anteriormente, no podemos prescindir también de las leyes españolas, de los españoles, de sus autoridades. Lo importante es descubrir el juego tensional, siempre muy fuerte, entre un espíritu centralizador del sistema europeo y, por otra parte, una realidad concreta, americana, descentralizadora del mismo sistema. De alguna manera, es precisamente “una historia de una América dinámica capaz de reaccionar creativamente ante los retos que le impone este mundo cada vez más integrado”³.

En los años 1960 y 1970, en medio de una gran discusión, mucho más ideológica que metodológica, que tenía que ver con el cómo caracterizar a América Latina a partir de dos conceptos bastante cerrados como feudalismo europeo y capitalismo como ampliación de la modernidad, se abrieron desarrollos historiográficos propiamente tales para explicar la situación más allá del puro concepto o sólo desde los contenidos del concepto. Desde un punto de vista metodológico surgió un grupo de historiadores muy importantes que hoy día se recuerdan poco: Juan Carlos Garavaglia, Carlos

³ Marcello Carmagnani, Alicia Hernández, Ruggiero Romano (Coordinadores), *Para una historia de América. I. Las Estructuras*; Fidoicomiso Historia de las Américas, México 1999, p. 08.

Sempat Assadourian, Enrique Tandeter, Juan Carlos Chiaramonte, el mismo Marcello Carmagnani, que efectivamente pusieron la atención mucho más en lo que sucedía al interior propiamente tal de los paisajes latinoamericanos que en los conceptos generales o universales de capitalismo y feudalismo. Lo que hicieron fue poner en situación destacada lo que llamamos durante mucho tiempo, a partir de una fundamentada forma de pensar, como historia regional. Las grandes regiones coloniales no siempre tenían que ver con la centralización u organización del territorio desde el punto de vista de virreynato o del corregimiento, es decir, de la organización política institucional, sino más fundamentalmente con lo que en verdad estaba sucediendo en unas grandes extensiones que más o menos tenían unas características comunes y que además, comenzaban a vislumbrar ciertos grados de identificaciones comunes. La unicidad de lo que sucedía dentro de esos espacios venía a conformar lo regional.

Evidentemente, no todo espacio es una región en sí misma. Pero ya podemos distinguir una fisonomía regional en tanto podemos distinguir un espacio en donde se desarrolla un tipo de producción de acuerdo a los recursos naturales que existen y, junto con ello, una determinada circulación de mercaderías. Más concretamente, en una región se dan unas formas de especialización productiva con unos ciertos modos de trabajo en común, todo lo cual está mediatizado por un conjunto de expresiones particulares de relaciones políticas, sociales, de cómo se ejerce el poder interior, todo lo cual ha sido muy bien abordado a través de historiografías particulares como la historia de la familia, pero fundamentalmente a través del estudio del cómo se van tejiendo y se van conformando las llamadas articulaciones de espacios. Cada uno de ellos, de localidades a regiones, se va conectando, complementando, articulando en sus funciones, en sus necesidades, en sus proyecciones, en sus desarrollos, llegando incluso a formar verdaderas macrorregiones.

¿Bajo qué perspectivas los historiadores antes nombrados desarrollaron sus estudios sobre estos procesos? Lo hicieron especialmente a través del análisis de las vías de circulación, del movimiento de los animales de carga, de las mercaderías transportadas, de los hombres. Rápidamente, puedo señalar uno de los casos notables, Juan Carlos Garavaglia, por ejemplo, estudiando la región conocida como la de las misiones jesuitas cuya base sería el actual

Paraguay, recreó el gran espacio de la yerba mate. ¿Para qué y para quién producir yerba? Ya desde el siglo XVII se producía para poder hacerla circular transformándola en centro, eje y medio principal de articulación de diferentes paisajes y poblaciones que, unidos, posibilitaron el funcionamiento de un espacio regional mayor. Con el tiempo, además del espacio rioplatense, el mercado por excelencia del producto fue el Perú, pero no sólo se trataba de una mercancía ya que, más allá de su dispersión espacial, sorprende

“la capacidad de la yerba para interesar el tejido de la sociedad colonial. Una sociedad jerárquica, donde las manifestaciones exteriores de pertenencia a un grupo étnico o social determinado suelen ser bastante rígidas (piénsese, si no, en la forma en que esto es vivido a través de la vestimenta o del ceremonial público), suele aceptar a regañadientes un hábito de consumo que abarque todas las categorías sociales y grupos étnicos⁴.

Por cierto, esto no tiene que ver con lo que pensaba el Rey de España, por lo menos no con todo lo que pensaba el Rey de España. Más bien, tiene que ver con las posibilidades concretas que en estos territorios se estaban dando. Garavaglia estudió la circulación de la yerba mate desde las misiones, pasando por el SE argentino, llegando a Potosí y desde allí, a través del intercambio con metálico, siguiendo al eje Lima-Callao para entonces volver con mercaderías que venían desde Europa y hacer el recorrido a la inversa. Ése fue un gran eje, con vida propia, con una caracterización, con unos elementos que le dieron cohesión interna. La base del eje fue la producción de la yerba, pero no menos importantes resultaron los diferentes tipos de relaciones, sociales, crediticias, que se fueron consolidando alrededor de su circulación y consumo. A través de los movimientos del transporte, diferentes a los de otras regiones que se estaban construyendo, se dieron unos ritmos temporales que diferían, por ejemplo, con los de las zonas andinas propiamente tales.

En el mismo tenor, conocidos son los estudios de Sempat Assadourian, sin duda alguna el principal impulsor de estos análisis regionales. Entre esos

⁴ Juan Carlos Garavaglia, *Mercado interno y economía colonial*, Enlace Grajalbo, México DF 1983, p. 40.

estudios podemos recordar aquéllos que tienen que ver con Córdoba y el tráfico de mulas, iniciado velozmente en la segunda década del siglo XVII, destinado originalmente a abastecer las necesidades de Potosí y extendido rápidamente hacia los otros centros mineros altoperuanos, pero también creando otros circuitos de una economía regional con Tucumán, Santiago del Estero, Salta y Jujuy; con San Juan, La Rioja y Mendoza; con Catamarca; con Buenos Aires, el litoral y Paraguay; y con Chile y otros circuitos marítimos del Océano Pacífico⁵.

Sobre el caso chileno, Carmagnani estudió de qué forma, a fines del período colonial, lo que era Chile de esa época, en realidad estaba conformado por tres regiones diferentes: norte chico (La Serena), valle central (Santiago) y la Frontera (Concepción) y cómo, en la medida que ellas fueron creciendo no lo hicieron sólo en términos de lo que acontecía al interior de ellas, sino también en relación a sus regiones vecinas a través de desarrollos de complementariedad: todos sabemos que en el Norte Chico, a comienzos del siglo XVIII, la actividad cerealística, que había sido muy importante después de 1680, comenzó a decaer, volcándose la región hacia la minería. Entonces ella misma necesitó más productos agrícolas sobre los cuales se especializaba en forma mucho más profunda el valle central y, a su vez, otros productos que se desarrollaban más al sur. Por lo tanto, tenemos tres regiones que se van asociando y complementando. Desde un punto de vista historiográfico y económico, lo que señalaba Carmagnani y su hipótesis de trabajo fue que, finalmente, las tres regiones, sólo hacia 1830, entraron a conformar un único espacio mayor, bajo ciertas formas de relaciones capitalistas y con el Estado sobre estas regiones⁶.

Este punto es muy importante. El concepto de historia regional que manejamos para los tiempos coloniales deja de serlo y sus contenidos cambian en el siglo XIX con el surgimiento del Estado nacional y por una serie de razones anexas. Por ejemplo,

desde el punto de vista del Estado, a lo largo del siglo XIX, lo que sería toda una gran región como lo es el norte del país y el sur del Perú, tan importante y singular en sus períodos originales, quedó fragmentada en tres estados nacionales, una verdadera región trinacional. No obstante, precisamente desde el punto de vista de su conformación, orígenes y constitución, ella igualmente conserva elementos correspondientes a una verdadera historia regional de larga data. Los cambios que se producen con el Estado nacional alteran los contenidos del concepto, pero permiten la permanencia de otros elementos de la identificación. Los Estados ahogan variadas formas de descentralización que provocan los crecimientos de regiones con dinámicas particulares, especialmente cuando tienen sectores productivos más o menos fuertes, pero no siempre pueden o desean aniquilar lo más propio de ellas.

En lo general, detrás de todas las discusiones de la primera mitad del siglo XIX entre protectionistas y liberales, entre los que estaban en los puertos, dirigiendo el comercio y las finanzas, y los que estaban al interior del continente, produciendo materias primas, cereales, ganadería, etc.; detrás de las discusiones en torno a si se quería ser república unitaria o federal, el problema central que estaba presente era el problema de las regiones, porque efectivamente ellas se habían consolidado bajo estructuras y condiciones muy diferentes y no sólo eran entidades económicas, sino también representaban estructuras sociales, de poder, dominios de caudillos, de líderes regionales que obviamente contradecían sus intereses con los de los Estados nacionales que surgían.

¿Qué debieron hacer dichos Estados nacionales? Todos lo sabemos. Se impusieron sobre la diversidad de las regiones y entonces el concepto de región dejó de ser lo que había venido siendo; ya no fueron más aquellos espacios en donde se producían situaciones independientes de otros, sino que pasaron a ser parte de un todo mayor que ya no era el imperio, sino cada uno de esos nuevos Estados nacionales. Éstos dividieron sus territorios en regiones, provincias, departamentos, con diferentes tipos de conceptos y contenidos que tenían, y en algunos casos aún mantienen, un carácter y sentido muy determinado: político, administrativo, económico, pero siempre en función del Estado común.

¿Que sucedió con ello? Sucedió que la historiografía liberal, acorde con las necesidades del nacionalismo en construcción, se desligó de mirar

⁵ Carlos Sempat Assadourian y Silvia Palomeque, *Las relaciones mercantiles de Córdoba, 1800-1830. Desarticulación y desmonetización del mercado interno colonial en el nacimiento del espacio económico nacional*. En María Alejandra Irigoin y Roberto Schmit (eds.), *La desintegración de la economía colonial*, Biblos, Buenos Aires 2003, pp. 151-225.

⁶ Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial, 1680-1830* [Paris 1973], edic. en español, DIBAM, Santiago 2000.

y hacer la historia desde un punto de vista regional tradicional y con ello fue la historia local el concepto opuesto al de la historia del Estado, a la historia nacional. A lo largo del s. XX se escribió mucho sobre historias locales, que no se desmerecen, y que entregaron efectivamente muchos datos correspondientes a la historia de municipios, de ciudades; de Arica a través de sus alcaldes, de Copiapó según su actividad minera, etc., pero que no resolvieron el problema fundamental de establecer puntos de análisis desde donde se pudiera ubicar un centro determinado de mirada historiográfica que permitiera encontrar una cierta unicidad y singularidad dentro del espacio o experiencia que se estaba o se está estudiando.

Así, a la historia nacional se opuso la historia local no porque ella fuera algo sustantivo, sino como aquello residual. La gran historia seguía siendo la historia nacional o la del Estado nacional y, según ello, todo lo existente dentro de éste comparece respecto a los intereses del mismo. Podríamos hablar de cómo el Estado nacional es una composición consensuada de sus diferentes regiones y cómo, siguiendo a Anderson, podemos pensar que los elementos que le componen y le dan consistencia permiten a gente de Arica y Punta Arenas ser igualmente chilenos⁷, pero la gente de Arica y del Norte Grande, desde el punto de vista de lo cotidiano, tiene poco que ver con la gente que vive en Punta Arenas. Es otra noción de tiempo, de la vida, del cómo se enfrentan a la naturaleza, a los fenómenos climáticos, etc., y, sin embargo, esas diferencias simplemente desaparecen en una historia nacional común y todos nos hacemos cargo de una misma historia.

En los años 1960 y 1970 es cuando los ya citados Garavaglia, Sempat, Carmagnani, reconsideran los términos y las densidades del espacio regional. Sempat Assadourian diferenciaba entre lo particular y las miradas hacia adentro y la importancia de observar las formas de relacionarse de las llamadas regiones con sus vecinas, situación fundamental para conocer de su funcionamiento. Al respecto, señalaba que:

⁷ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, FCE, México 1993 [primera edición en inglés, 1983]. También los primeros capítulos de Eduardo Cavieres, *Chile-Perú, La historia y la escuela. Conflictos nacionales, percepciones sociales*; Inst. Chileno francés; P. Univ. Católica de Valparaíso y Mineduc-Chile, Valparaíso 2.006.

Las llamadas monografías regionales, fuera de la acumulación de noticias, suelen tener escaso valor por la falla (o falta) de supuestos metodológicos con que se construyen; en ella lo inmediato condiciona y opaca el análisis, al dejar de constituir su objeto a partir de una definición teórica, y recibirlo ya constituido. Viciadas desde el inicio, los posibles estudios regionales se transforman en historias *lugareñas*, una suerte de microsituación autónoma donde apenas resulta visible la relación con otra microsituación semejante. Una revisión necesaria de la falla tradicional tendrá que despojar a la región de su pretendida consistencia propia, con lo cual, en vez de aislarla, la referiremos de una manera constante a su sistema o subsistema, es decir, a las relaciones y efectos que determinan la conformación y movimientos de cada región⁸.

No obstante el impacto provocado por la entonces nueva historiografía y los reales aportes que ella significó, se produjo un período de desconocimiento de la misma volviendo a reaparecer en los últimos diez o quince años, mucho más precisa en sus alcances a través de conceptos claves como desintegraciones y articulaciones de los espacios coloniales y la formación de los espacios nacionales. El concepto reaparece, pero ahora con otros contenidos y con otras perspectivas de análisis.

LA HISTORIA REGIONAL

¿Qué es la historia regional hoy en día? La historia regional no es historia local, ni desde sus significados ni desde sus aproximaciones metodológicas. Definitivamente, tampoco es microhistoria. Hay mucha confusión en los términos, y hay muchos que haciendo microhistoria la ubican en una base espacial a la cual llaman historia regional. La microhistoria no es sólo un espacio determinado, puede ser también análisis de biografía, de un fenómeno particular, etc. Las aproximaciones al término del italiano Giovanni Levi, reconocido como el padre de la microhistoria, distan bastante de las desarrolladas por el mexicano Luis González que escribió utilizando el concepto, pero en unas miradas demasiado

⁸ Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*, IEP, Lima 1982, pp. 136-137.

amplias, especialmente en términos de sus referentes temporales⁹. Sería como escribir una historia de Arica desde los tiempos prehispánicos, siguiendo con la llegada de los conquistadores, transitando por el período colonial, visualizando que pasó allí cuando en el s. XIX se revalorizó su territorio con el salitre y cómo el suceder se fue dinamizando con nuevos personajes, conflictos, héroes, etc., lo cual no necesariamente sería historia regional, pero tampoco microhistoria. Podemos pensar que ello no se escaparía mucho de lo que tradicionalmente expresamos como historia local.

Problema fundamental es que los historiadores buscamos y tenemos una natural inclinación, orientación a tratar de ser historiadores totales: si estudiamos algo queremos hacerlo desde todos los puntos de vista y para hacerlo tenemos una especie de microscopio con unos lentes que van moviéndose para magnificar lo que estamos viendo o disminuirlo, pero en esos casos no necesariamente estamos viendo todo lo que allí está ocurriendo. Lo mismo pasa con la historia regional. No queremos hacer historia local y por lo tanto magnificamos el espacio y no necesariamente vemos todo lo que ocurre. Se nos hacen difusas muchas relaciones allí existentes. Pero queremos hacer historia total, queremos observar la Audiencia de Charcas y estudiarla en su total integridad, lo que es muy bueno hacerlo, pero también es necesario tener en cuenta el cómo partir según lo que consideramos lo que es una razón de estudio.

Por ello es importante caracterizar la naturaleza de la historia regional. Hoy día, entre Arica-Iquique hay toda una controversia respecto a si estos dos espacios conforman o no una sola entidad y por lo tanto conviene tomar en cuenta las consideraciones esgrimidas al momento de fijar la actual primera región y las razones que justifican su subdivisión en dos regiones independientes. Por cierto, se trata fundamentalmente de opciones político-administrativas. Menos clara y más compleja es la situación planteada en la relación de Osorno con Valdivia y Puerto Montt. En el caso de Osorno, ¿con quién configura una región en un sentido más amplio que lo puramente

político-administrativo? ¿Cuáles son los criterios desde el Estado central? ¿De qué manera lo político-cultural tiene mayor o menor peso que lo político-administrativo? Al parecer, según las encuestas de opinión y según un tipo de plebiscito efectuado en noviembre del 2006 con un rotundo 92% en contra de unirse a Valdivia, la gente de Osorno entiende el problema con mayores razones específicamente regionales que los hacedores de políticas públicas desde Santiago. El problema central sigue siendo el si son o no regiones en sí mismas. Del mismo modo, cuando elegimos un espacio determinado para estudiar cuáles son los elementos centrales que permiten decir que allí hay una historia más o menos propia, conectada y al mismo tiempo diferenciada de otros espacios con los cuales no necesariamente conforman una sola unidad, nos enfrentamos a búsquedas de criterios semejantes. En un artículo de revista reciente, se dice:

A simple vista, ambas ciudades tienen harta en común. La lluvia eterna, los bucólicos paisajes, las vacas pastando, los numerosos alemanes que las habitan, los cientos de carteles de cerveza Kunstmann que adornan sus calles y los locales comerciales con apellidos tan poco criollos como Schwalm, Junemann o Hoffmann. Pero a la hora de pensar en el futuro, los caminos se bifurcan. El tema de la región ahora deberá ser zanjado en el Congreso y, aunque el plebiscito realizado no era vinculante, obviamente que cualquier parlamentario lo pensará dos veces antes que echarse encima el 92 por ciento de una ciudad¹⁰.

¿No sería igualmente conveniente mirar hacia el pasado? Por otra parte, los espacios regionales, además de conllevar la reiterada connotación referida a la existencia de elementos sociales, culturales, políticos y económicos comunes, en general, son espacios continuos, precisamente por el tipo de articulación con espacios externos. Para hablar de región, o de macrorregión, no pueden haber espacios intermedios en que las relaciones de sus hombres, de su comercio, etc., se detengan para reaparecer difusamente más allá. La región tiene una dimensión espacial determinada.

⁹ Luis González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, El Colegio de México, México DF 1968 (con varias ediciones posteriores). Ver también, *Otra invitación a la microhistoria*, Fondo 2000, Cultura para todos, FCE, México DF 1997 (Reimpr. 2.003) en donde promueve más bien una discusión entre la microhistoria y lo local.

¹⁰ *Valdivia versus Osorno. Una cuestión de piel*, Revista Cosas, diciembre 2.006, pp. 173.

Creo que es bueno recordar siempre la obra de Braudel sobre la Identidad de Francia, una excelente obra de historias regionales que se configuran en el tiempo, pero a la vez se van integrando para formar la Francia que conocemos¹¹. Las regiones, por características históricas, no son espacios detenidos en el tiempo, están transformándose, no sólo desde lo político, sino también en sus olores, sus colores, las vestimentas, los modos, las costumbres de su gente. Hoy en día, la historia social de la cultura le ha dado nuevos enfoques a la historia regional, precisamente haciendo que uno de los elementos más importantes de los contenidos que definen una región sean sus componentes culturales. De allí viene el gran problema de estudio que prácticamente ha posibilitado una historiografía muy especial, que igualmente hay que seguir precisándola, y que es la referida a la compleja situación de las identidades. Desde allí, también se pueden tener unos ciertos parámetros para entender si se está haciendo historia local, regional o nacional. El problema de las identidades no son sólo los simbolismos o las formas de pensar más o menos comunes, sino también la relación de los individuos con su medio, ya que es a partir de ello que se pueden observar el cómo devienen ciertas diferenciaciones respecto a otros individuos que se están identificando a sus otros propios medios de manera también particular y diferente.

CONCLUSIÓN

Quiero terminar señalando que me parece que podríamos estudiar en mejor forma y avanzar más sólidamente si volviéramos a visitar el pasado, precisamente a través de los caminos de las historias regionales y redescubrir así unas ciertas identidades que no necesariamente se friccionan con otras identidades cercanas, ni tampoco con las nacionales. Las guerras del pasado han sido guerras de Estados nacionales, no de sociedades regionales, por lo tanto, las identidades están en el estudio de la región y no en lo que sólo piensa el Estado nacional, lo que no significa desconocer sus contextos ni discutir legitimidades u otros problemas. Por mi parte, en ningún caso estoy en contra de las historias nacionales, pero sólo ratifico que también hay otros niveles de comprensión y de

reflexión de la historia que igualmente son valederas y útiles y que, dentro de ellas, la historia regional, nos puede permitir comprender en forma bastante real no sólo lo particular, sino también las propias historias nacionales.

De hecho, siguiendo algunas de estas reflexiones, podríamos entender en mejor forma el comportamiento y funcionamiento de las macroregiones que actualmente exceden los espacios de los estados nacionales sin afectar las solidaridades nacionales. Un conjunto de ellos, como lo son los Estados andinos, recogen una parte importante de Chile y ella queda incorporada por identidad, por actividad, por funcionamiento, por color, por tipos de trabajo. Esto tiene que ver con la posibilidad cierta de poder entender que América Latina va a poder comprenderse más efectivamente y como una realidad más concreta en la medida que se entienda que es una América Latina conformada por una serie de regiones que, proyectándose desde las identidades nacionales, logra alcanzar una identidad mayor constituyendo una sola gran región.

En la medida que se siga hablando de microregiones, de regiones, de macrorregiones, a veces en términos intranacionales, otras en términos internacionales, las necesidades de precisar los conceptos van siendo mayores, pero en ello, como en la mayoría de las cosas, la historia y la historiografía requieren también de sus propias precisiones para poder efectivamente tener una correspondencia más clara con sus continuos y necesarios aportes.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Benedict** (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, FCE, México [primera edición en inglés, 1983].
- Braudel, Fernand** (1993). *La Identidad de Francia*, Gedisa, Barcelona, especialmente Vol. I.
- Garavaglia, Juan Carlos** (1983). *Mercado interno y economía colonial*, Enlace Grajalbo, México DF, p. 40.
- Carmagnani, Marcello** (2000). *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial, 1680-1830* [París 1973], edición en español, DIBAM, Santiago.
- Carmagnani, Marcello; Hernández, Alicia y Romano, Ruggiero** (1999). *Para una historia de América. I. Las Estructuras*; Fidoicomiso Historia de las Américas, México, p. 08.

¹¹ Fernand Braudel, *La Identidad de Francia*, Gedisa, Barcelona 1993, especialmente Vol. I.

Cavieres, Eduardo (2006). *Chile-Perú, La historia y la escuela. Conflictos nacionales, percepciones sociales*; Inst. Chileno francés; P. Univ. Católica de Valparaíso y Mineduc-Chile, Valparaíso.

González, Luis (1968). *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, El Colegio de México, México DF.

Hobsbawm, Eric (1998). *De la historia social a la historia de la sociedad*, en *Sobre la Historia*, Crítica, Barcelona, pp. 84-104.

Hopkis, Anthony y Thompson, Emma (1991). *Lo que queda del día*, Columbia Pict.

Sempat Assadourian, Carlos y Palomeque, Silvia (2003). *Las relaciones mercantiles de Córdoba, 1800-1830. Desarticulación y desmonetización del mercado interno colonial en el nacimiento del espacio económico nacional*. En María Alejandra Irigoin y Roberto Schmit (eds.), *La desintegración de la economía colonial*, Biblos, Buenos Aires, pp. 151-225.

Sempat Assadourian, Carlos (1982). *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*, IEP, Lima, pp. 136-137.

Valdivia versus Osorno. Una cuestión de piel, Revista *Cosas*, diciembre 2006, pp. 173.